

porque acepte sus doctrinas." Tampoco las aceptan, por lo general, los mismos que las predicán.

El que las sectas lleven en derechura al ateísmo, lo echó a la calle en 1916 el Congreso Protestante de Panamá. Entre los medios de difusión que señaló su secta, está la difusión de libros netamente ateos e inmorales, como la *Roma del inmundo Zola*; libros que atacan el orden social, como *La Resurrección* de Tolstoy, y *Los Miserables* de Víctor Hugo; o que baten en brecha la existencia de otra vida; como *Dios en la Naturaleza* de Flammarion, y *La Evolución Creadora* de Enrique Bergson, llegando así los protestantes a juntarse en santo consorcio con los incrédulos, los socialistas y los bolcheviques, y a formar no ya la mitad, sino la totalidad de la sinagoga de Satanás, la masonería.

La protección al protestantismo, labor antipatriótica.—El protestantismo yanqui, vanguardia de la conquista pacífica.—El protestantismo, enemigo de la raza latina.—Confesión de Bismarck.—La unidad religiosa, baluarte de la nacionalidad.—Palabras conceptuosas de Altamirano, Cosmes, Victoriano S. Alvarez y Emilio Castelar

Como de ordinario no se es apóstata del catolicismo sin ser traidor a su patria, no ocultan los liberales que su propósito y constante empeño, al fomentar el protestantismo, tiende a anexarse a E. U., lo que explica "ese profundo desprecio con que la buena sociedad, dice Bulnes, estigmatiza a los ministros protestantes mexicanos." (Who. p. 139)

legamente. Así las cosas, el padre de la joven burlada obligó al seductor a casarse con ella civilmente, para cubrir su honor, y ¡horrible es decirlo! todavía la víspera de ese casamiento, tuvo la increíble audacia de celebrar misa en la iglesia de Corpus Christi. En esta pendiente no había cosa que lo detuviera, y nuestro hombre volvió de nuevo a la apostasía, convirtiéndose en acérrimo enemigo del catolicismo y de sus respetables dignidades, a quienes ha retado e insultado, cometiendo toda clase de inconsecuencias." (Ti. 29 nov. 1907)

De una carta que nos escribió un amigo nuestro, Padre José Serrano, condiscípulo que fué de Valiente, entresacamos estos datos complementarios: "Sí, apostató Valiente en Filipinas e hizo horrores metiéndose, con todo y hábito, en casas de prostitución. Lo mandaron castigado a uno de los conventos de España, Arenas de San Pedro, y allí asistió a un baile sin permiso de nadie; y una noche se fugó del convento, afilióse a una secta protestante y dió multitud de escándalos. Levantó sus reales de España y se fué a Sudamérica ya reconciliado. A poco, volvió por vez tercera a su vómito. De nuevo arrepentido, hizo retractación pública que en el 1907 o 1908 fué reproducida por *El Tiempo*. Se vino después para México: estuvo en la diócesis de Tulancingo, y no sé qué horrores haría allí, pero debieron ser gordos, porque tuvo que salir de noche, huído, para no volver más. Después, lo

"El catolicismo es en México, escribe otra vez con mucho acierto el liberal Cosmes, una religión que favorece notablemente la obra de integración nacional; la propaganda protestante es empresa antipatriótica y verdadera vanguardia de la anexión del país a los Estados Unidos. Cada adepto mexicano de las religiones que tienen como base el libre pensamiento, será un amigo de la anexión a los Estados Unidos. Por tanto, la propagación de la religión protestante en México es altamente nociva; pues, el día en que el pueblo mexicano abandone las creencias de sus padres, el invasor norteamericano sería acogido con los brazos abiertos. No hay protestante mexicano que no sea anexionista a los Estados Unidos, o por lo menos admirador entusiasta de cuanto procede de allende el río Bravo. La propaganda protestante siempre ha sido considerada por los mexicanos perspicaces como la vanguardia de la conquista pacífica de nuestro país por la absorbente nación vecina." (XIX. 317. 22. XXII. 537)

Los periódicos liberales más exaltados, así de la capital como de fuera de ella, tales como *La Libertad*, *La Patria* y otros, con frecuencia denunciaron, a pesar de sus rencores anticatólicos, el gravísimo peligro que, en tiempo del Gral. Díaz, corría la nacionalidad mexicana, con la propaganda protestante de los americanos, "raza enemiga que quiere imponernos un tipo antipático y repulsivo, decía el obispo de Querétaro, para que así se debilite y amengüe cada día más lo que queda de nacional en nuestro carácter y costumbres." (Band. p. 81)

Aun más, y como si ya mandaran en México los E. U., quiere un arrogante Secretario de Estado de aquella nación, así lo anunció a una delegación de predicantes americanos, quiere privar a la Iglesia Católica, del predominio

conoció ayudando al capellán de San Juan de la Penitencia, en México, donde tenía una maicería en la que él mismo estaba despachando." De modo que, todas bien contadas, cuatro fueron las apostasías de ese Valiente quien, para sacar de mal año su tripa y la de su hembra, como no sabía más oficio que el de predicador, por predicante vendió su alma a los protestantes. ¿Qué pensarían éstos de su nuevo recluta? Lo que de los demás pajaracos del mismo plumaje opinaba el protestante Sidney Smith: "Cuando el papa escarda su jardín, arroja la mala yerba en el nuestro," por ser el protestantismo el albañal de la Iglesia Católica. A su vez, el alemán Bernstorff, encargado de visitar las iglesias protestantes de España, estampó en letras de molde que los clérigos concubinarios eran gente que no habían buscado en el protestantismo, otra cosa que el modo de legitimar sus alegrías. (Het. III) No há mucho, año de 1908, decía entre gemidos un apesarado ministro episcopaliano: "Algunos de nuestros correligionarios de mayor estima se están pasando a Roma, mientras nuestros obispos están politiqueando, o procurando se les aumente el salario para provecho de sus elegantes esposas e hijas. Los profundos pensadores, los que han dejado todo por Dios, nos están abandonando para acogerse a una religión cuyos obispos están más interesados en la promoción de la gloria de Dios y provecho espiritual de su clero y pueblo, que en el fausto y la política. No es justo que Roma se gane para sí la flor de nuestro clero, y en cambio nos dé los desechos del suyo." (Veg. 1908. p. 460)

que ejerce en México para cederlo, se entiende, a las 200 sectas, o seáse, a las 200 cabezas de la hidra protestante. (Veg. 1921. p. 63)

Lo que sigue probará a los más renuentes cuán fundada en razón estaba aquella denuncia episcopal. Cuando el Gral. Grant visitó a México, 15 ministros protestantes se le acercaron y diéronle la bienvenida, no sin quejarse de falta de protección contra los "romanistas." Grant, "hombre de ningún mérito especial, instrumento y humilde servidor del partido exaltado," era un rabioso anticatólico. De presidente de los E. U., prohibió a los sacerdotes ejercer su ministerio entre los indios católicos, los despojó de sus iglesias y escuelas que regaló a ministros protestantes, con encargo de pervertir a unos 80,000 indios católicos que arrancó del seno de la Iglesia. (Sm. p. 383) A las quejas de los ministros contestó el condolido Grant con estas frases significativas: "Creo que la obra en que México está ahora empeñado, y que con el auxilio de capitales americanos avanza tan rápidamente, hará que este gobierno pueda hacer que se cumplan sus leyes. Reconozco que los misioneros prestan a México un servicio de inmensa trascendencia para el desarrollo del país en general, preparando los ánimos aquí para los cambios que se están verificando y que, a mi juicio, seguirán rápidamente," (New York Herald. Ab. mayo 1881) juicio que se fundaba sobre la facilidad con que unos colonos protestantes habían cambiado en territorio americano la provincia de Texas. Por ese camino curvilíneo pensaba llegar recientemente un Secretario de la Marina americana (Mr. Denby), a raptarse la isla de Haití. Recomendó oficialmente a sus subordinados "preparasen los ánimos," auxiliando a los predicantes yankis en su obra de protestantizar a aquella República negra, con el fin, decía el marrullero, "de entablar relaciones cordiales entre E. U. y aquel pueblo," (The Cath. Tribune Weekly. 16 jun. 1921) como si pudiera haberlas entre el cordero y el lobo, entre gente de color y sus encarnizados linchadores.

Tanto es lo que la unidad religiosa robustece a la nacional que Fernando Ramírez, connotado impío, había aconsejado (1846) al Presidente de México, vendiera Texas a Inglaterra, con la taxativa de colonizarlo con irlandeses y otros emigrantes católicos, para "poner, decía, una barrera fuerte y efectiva entre México y E. U." (Fern. p. 17)

No fué mal profeta Grant al pronosticar los cambios por él anhelados, y que vemos ahora verificándose. "Merced al comercio de México con E. U., y al hecho de que en E. U. se han educado muchísimos mexicanos de las clases directoras, éstos son ahora netamente americanos" (Hear. p. 1940), o seáse, ayankados.

Eso declaró en 1919, bajo juramento, un redactor del Mexican Herald, al tiempo que exultaba de alegría un ministro hugonote americano, al celebrar la rapidez con que venían verificándose aquellos cambios, merced a los servicios que a la invasión pacífica estaban prestando los mexicanos renegados. De éstos decía lo antes transcrito: "Esos mexicanos protestantes están llevando a cabo, exactamente y con tanta rapidez como es factible, el mismísimo

programa que ejecutaríamos nosotros al invadir a México." (Hear. p. 9. 10)

Coincidiendo con aquel predicante, Mr. Lind, agente de Wilson, excitaba a sus connacionales para que ayudasen a los mexicanos revolucionarios del norte, "mandados por jefes protestantizados y con sueldo yanqui" (Rev. Eccla. México. Oct. 1920), "imbuídos, decía aquella linda maula, en los ideales americanos y vueltos americanos;" en tanto que los mexicanos del sur, en su totalidad católicos, eran, según Lind, "atrasados, monárquicos, del todo malos e influídos por ideas europeas," concluyendo así: "Es preciso procuren los americanos que triunfe el norte sobre el sur," (Hear. p. 811) el norte, de quien decía en 1917 un americano, obispo boquirroto de la majada evangélica: "Las gentes del norte de México, de donde brotaron los facinerosos que tanto mal le han causado, fueron evangelizadas, más que ninguna otra comarca, por misioneros protestantes: en vez de tornarse protestantes, convirtiéronse en bandidos." (Ext. Febr. 1917)

Otro yanqui, predicante bautista que rabia de coraje, porque parece demasiado lento el triunfo de sus amigos del norte sobre el sur, suelta este borbobón de amenazas salpimentadas con su buena rociada de insolencias: "Si México no confiesa y abandona su intolerancia religiosa y su hostilidad hacia los americanos, deber nuestro será borrarle del mapa, si bien no vale ni nunca ha valido México que por causa suya pierda la vida un solo americano..... ¡Bendiga Dios a nuestra nación en cualquier guerra entre anglosajones y latinos, entre la inteligencia y la ignorancia, entre la libertad y la esclavitud, entre el cristianismo y la superstición!" (Dev. p. 299. 346)

Yendo, pues, al grano, ¿qué motivo mueve a las sectas americanas a misionar entre mexicanos? ¿Acaso será su religión? Aquéllas no ignoran, confiésalo su Rev. Inman, que "los mexicanos no necesitan cambiar de religión, sino de moral," (Veg. 2 ag. 1914) que los católicos nos salvamos en la nuestra, así como nosotros sabemos que ellos se condenan en la suya, como no tengan una buena fe invencible. Si fuera su celo por la conversión de los mexicanos, ¿por qué no lo emplean mejor en convertir a sus nacionales, ya que la caridad bien ordenada comienza en casa, cuantimás que hay en la suya, dice un profesor (Th. Graebner) del seminario luterano de Concordia, (Mo.), lo que no hay en México, a saber: 64 millones de infieles, y solamente 26 millones de protestantes, de los que "un gran número sólo de nombre lo son; jamás dan dinero a su Iglesia, ni a ella van, a no ser para casarse o asistir a unos funerales" (Veg. 1921. p. 706) ¿Por qué, entonces, ese afán satánico de arrastrar los mexicanos a la apostasía en la que anualmente consumen sumas fabulosas? La razón es su confesado empeño de conquistar a México, previa la conquista de las almas; porque saben que ni el idioma, ni la raza, ni el parentesco de sangre son capaces de unir tan fuertemente a los hombres como la religión. Una vez unidos con ese lazo los mexicanos a los yankis, no tardarán éstos en acaparar los cafetales, terrenos petrolíferos, minas, ferrocarriles, haciendas y demás riqueza de México. Por bien empleados darán entonces los millones que están gastando a manos llenas en asa-

lariar a mexicanos mercenarios, hambrientos lobos disfrazados de ovejas, que ejercen el innoble oficio de granjear apóstatas para las sectas, y facilitar así la entrega de su patria al extranjero.

Entre tantos actos de traición a la patria por parte de los herejes, como sería fácil acumular, baste señalar a los presbiterianos escoceses, aceptando de la reina Isabel soldados y numerario para anexar la católica Escocia a la protestante Inglaterra; al tiempo que el francés renegado, conde de Coligny, en odio a su patria, porque era católica, entregaba a dicha reina el importante puerto de Havre.

“¿Qué diremos, pregunta el historiador protestante, Lecky, de aquellos protestantes que, en nombre de la libertad religiosa, anegaron su país en sangre, pisotearon los primeros principios del patriotismo y llamaron en su auxilio a los extranjeros, regocijándose públicamente de las desgracias de su patria?” (*Rationalism in Europe*. II. 57. 61. J. Janssen. *History of the German People*. III. 140. 299)

Diremos que en todo se parecen a sus aliados, los liberales, éstos que clamoreaban en 1857 por la intervención americana, regocijándose públicamente en su periódico, *El Clamor Progresista*, de que antes de muchos años los mexicanos hablarían inglés, y la religión católica habría cedido el paso a la protestante. (Cr. 21 mayo 1857)

¿Acaso no son ellos quienes ofrecieron, cuando la guerra con E. U., entregar su patria maniatada a los pies del invasor, esperanzados en que éste aniquilaría a los conservadores y la Religión Católica? Y todo aquello ¿no lo hemos comprobado hasta el cansancio en otro lugar (*La Cuestión Religiosa*. 3a. edición), con un cúmulo de confesiones de parte y de actos de traición, con los cuales la infanda estirpe de los Judas mexicanos quedó para siempre jamás clavada en la picota donde se está pudriendo, sin que de allí la pueda descolgar ni aun su mismo padre, aquél “que, según Quinet, tiene asidos y presos todos los corazones” de cuanto traidor y descomulgado haya?

La razón de aquel fiero encono contra el catolicismo, es la inquebrantable resistencia que éste ha opuesto siempre a la guerra a muerte que le ha declarado la masonería en amigable consorcio con el protestantismo. Admitenlo los enemigos. “Parece, dice un predicante yanqui, como si la raza latina y la Iglesia latina no pudiesen separarse jamás.” (Rev. Anderson, *Veg.* 2 dic. 1917) La primera ha sido la dominadora de todo el antiguo continente, la casi exclusiva propagadora del catolicismo en el mundo entero (*Seaman. The Progress of Nations*), la dominadora y civilizadora de todo el nuevo mundo, y la que se ha mostrado el más firme sostén del catolicismo, como el catolicismo lo ha sido de aquella raza.

Sabido aquéllo, están los liberales y masones mexicanos resueltos a anexarse a los protestantes de E. U., más que desaparezca su raza, con tal que a la vez desaparezca aquella Religión que tanto mortifica sus feroces concupiscencias. Así lo dejó entrever el teutón Bismarck en ésta frase brutal: “Cuando nosotros hayamos dado buena cuenta del Catolicismo, muy pronto

desaparecerá la raza latina,” (Kannengieser. *Los Católicos Alemanes*. p. 41) y viceversa.

Contra aquellos traidores que por ayudar a los yanquis a dar buena cuenta del Catolicismo en México repiten este desatino de Rabasa: “La unidad de creencias es un absurdo dentro de la naturaleza para cualquier grupo social,” (Rab. p. 27) levántase el fundador de la sociedad del Libre Pienso (Pez. p. 226), aquél que en el Congreso pedía se ahorcase a los obispos, “esos apóstoles de la iniquidad,” Ignacio Altamirano, para decirles, acallando su jacobinismo: “El día en que en esta tierra desaparezca el culto de la Virgen india, habrá desaparecido también la nacionalidad.” (*Leyendas y Paisajes*)

Cuando en 1848 iba ésta a desaparecer para siempre, salvada que fué con la paz trabajosamente concluída con E. U., dirigiéronse los plenipotenciarios, a moción de los de México, de la Capital a la Villa de Guadalupe, cuyo nombre tomó el tratado que allí se firmó. Con lo cual, a la Virgen morena, “claro estupor de la infernal laguna,” proclamóse de un modo oficial, salvadora de la patria, en lo que fué, según historiadores americanos (Lock), el peligro mayor que jamás haya corrido la nacionalidad mexicana. (1)

Al tiempo en que Carranza torpemente provocaba un conflicto con los E. U., no temió una hoja liberal declarar que una de las causas de la indiferencia con que veían los mexicanos la inminencia de la intervención americana, era “su falta de un espíritu eminentemente religioso.” (A. B. C. 26 jul. 1919)

Y aquéllo sólo se halla en “la unidad de creencias.” Dícenlo: no frailes descalzos, sino la flor y nata de los incrédulos, positivistas, masones o como quiera el diablo, a quienes cedemos la palabra. “No sé, dice Victoriano Salado, por qué creo percibir en ese horror (de los mexicanos) contra el protestantismo, una especie de instinto inconsciente de auto-defensa. México, o me engaño

(1) Un enemigo de la veneranda creencia en la Virgen de Guadalupe, cuya aparición impugnó de palabra y por escrito, para después propugnar la masonería. Señor Camacho, obispo depuesto de la diócesis de Victoria, falleció el 15 de dic. de 1920, tras de una corta enfermedad iniciada, ¿sería castigo de Dios? el 12 de dic., día en que se celebraba en toda la República el aniversario cuatro veces secular de la aparición de la Virgen morena. “El Illmo. Sr. Ortiz y su Vicario General estuvieron a ver al Sr. Camacho días antes de su muerte. No fueron admitidos a su presencia, pero les indicó que a su debido tiempo llamaría. Cuando después fué llamado el Vicario General, éste llegó tarde.” (De una carta, fecha 30 de dic., de 1920, dirigida por el P. Cabello, de Salinas Victoria, al Sr. Canónigo, D. Pedro Ma. de la Garza, cura de Nuevo Laredo.) El Sr. Camacho, cuando obispo, tenía prohibido a su clero el uso del vino, si no se le presentaba certificado de tres médicos, mientras a su Ilustrísima no era posible verlo de las 11 a. m. en adelante, por estar rindiendo culto fervoroso a Baco. Cuando lo reemplazó el Sr. Campos, encontró la casa episcopal regada con botellas. Era su biblioteca y quizá la causa de la apostasía de ese desventurado que, junto con la fe, perdió el decoro hasta el grado de hacer la apología del amor libre. (*Ecos de la Quinta del Olvido*. 1905-1906) Quien de santo resbala, hasta diablo no para.

de todo en todo, o tiene que ser español y católico, o dejar de ser. El día que temía D. José Ma. Gutiérrez de Estrada, en que resuenen los bóvedas de la catedral de México con el oficio protestante, la nacionalidad estará perdida; como estará perdida el día que deje de hablarse en el territorio el español; pues, son inseparables para nuestras tierras lo que decía el poeta:

El ver la cruz del Gólgota plantada

Y el escuchar la lengua de Cervantes." (Pr. 13 jun. 1920)

No pudiendo Cosmes con la ingrata tarea de defender al felón y apóstata que abrió de par en par las puertas de México a la ola invasora del protestantismo yanqui, rinde desmayado las armas, y en las líneas siguientes afea la conducta del indio sublime con los calificativos denigrantes de impolítica y traidora. "La Religión católica es en México poderosísimo elemento de unidad nacional y de independencia con respecto al anglosajón, y será siempre tarea antipatriótica, el pretender desterrar esa Religión de nuestras creencias; porque echará por tierra uno de los más fuertes valladares que nos separan de nuestros codiciosos vecinos. Por tanto, la protección otorgada al protestantismo de preferencia a la Religión católica por algunos gobernantes liberales (XX. 680), no podrá ser sino profundamente impopular entre la gran mayoría de la población, y enteramente contraria a los verdaderos intereses nacionales. Atacar a la Religión dominante en el país y proteger a otra contraria, es obra impolítica; y tal fué la obra que emprendió Juárez, quien creyó que era acto de buen liberalismo proteger en el país la propaganda protestante, lo que no se podía hacer sino sacrificando a la Religión católica," (XX. 939) la que, desde la conquista, a juicio de Vigil (p. 5), "aproximó a vencedores y vencidos," en tanto que "es política antipatriótica, según el verboso Manuel Calero, toda política encaminada a la propagación de credos exóticos que debilitan uno de los más poderosos elementos constitutivos del alma nacional, la unidad religiosa." (Elg. p. 258) "En realidad, sentencia el carrancista Luis Urbina, la Religión católica juntaba las almas bajo las bóvedas de las iglesias coloniales," (Urb. p. 90. Vide Mol. p. 293) verdad de mucho tiempo sabida y ensalzada por filósofos heterodoxos. "La unidad de creencias en todo el género humano, asienta Ahrens, es el fin a que aspiran los nuevos reformadores: de modo que, hasta por sus mismos principios, se descubren las ventajas que llevan a las demás, aquellas naciones que no abrigan en su seno un germen de discordia y desunión alimentado por la diversidad de cultos."

"La unión religiosa hace más fuerte la nacional," (Cos. XXI. 515) por haber sido, sentencia el magno Alamán, 'como historiador nunca igualado,' (Disc) el único preservativo que haya libertado a los mexicanos de todas las calamidades a que los han querido precipitar los que han intentado quebrantar ese lazo de unión," (V. 703) con la importación del protestantismo, destructor de aquella unión con las rivalidades que viene sembrando. "Cuando se trata de repeler una invasión extranjera, entonces el invasor fomenta en su provecho aquellas rivalidades, haciendo imposible un esfuerzo nacional,

como entre los mexicanos sucedió en la invasión del ejército norteamericano en 1847." (Al. III. 432)

Declarado ya, Salado Alvarez: "No tengo la dicha de ser católico, pero tengo la felicidad de no ser protestante," pasa a decir: "Los mexicanos prefieren persona que no tenga religión a persona que profese la protestante..... Me disgusta el protestantismo en casi todas sus manifestaciones por su estrechez de criterio, por su baja hipocresía, por su falta de sentimiento artístico, y por su odio a lo que yo amo más, mi nación y mi raza..... También me disgusta, porque falseó la Historia desde el siglo XVI acá, y quizás mucho antes. Según los protestantes, España destruyó no sé cuántas docenas de civilizaciones, la judaica, la árabe y varias indígenas de América; y esa inepticia se ha repetido por gentes que se creían sabias....."

"Y en México, ¿qué favores le debemos al protestantismo? Le debemos la propaganda tenaz y anti-mexicana de Poinsett que aborrecía a Iturbide porque era emperador y católico. Le debemos esa farsa absurda de la sencillez republicana que no es sino exageración y demencia cuákeras. Le debemos la infiltración de una supuesta democracia planteada sobre la base judía y protestante del liberalismo y de la Enciclopedia que no ha llegado a prender entre nosotros, y de seguro no prenderá jamás..... Por último, le debemos esta revolución durante la cual 14 sacerdotes (!) protestantes se sentaron en los dos Congresos últimos, regidos por una Constitución en que se prohíbe a los ministros de cualquier culto, ser electores y elegibles; y que puso a un obispo protestante, el Sr. Osuna, al frente de la Instrucción Pública, cuando la neutralidad religiosa y la prohibición que enseñen sacerdotes son la base de las Constituciones de 57 y 17.

"Ahora anuncian con bombo y platillos los señores reformadores la conquista espiritual de México a punta de millones de dólares. No ha visto mi país tal cosa desde que desembarcó Fray Martín de Valencia con sus 12 varones apostólicos, hasta que fué echado por el carrancismo el último misionero de la Tarahumara. Ha visto, sí, predicadores, maestros, mártires, evangelizadores que han introducido sus doctrinas con persuasión, con dulzura, con ejemplo, con lágrimas, con amor, para decirlo de una vez; ahora va a ver la buena nueva llevada en las voces catarrosas y las tamboras estridentes del Ejército de la Salvación..... Por éso me disgusta el protestantismo." (Pr. 3 oct. 1920)

Y por eso mismo, el gran tribuno, Emilio Castelar, cuyas palabras vamos a transcribir, lo señaló al desprecio público, con denunciarlo como el enemigo de todo lo grande y todo lo noble con que se gloría la hidalga nación española. "Yo no pertenezco al mundo de la teología y de la fe. Pertenezco..... al mundo de la razón y de la filosofía. Pero si alguna vez volviera al seno de donde partí, no sería a esa religión protestante, cuyo hielo seca mi corazón, seca mi alma, seca mi conciencia; esa religión protestante, enemiga de mi patria, de mi raza, de mi historia. Volvería a postrarme de hinojos ante la Virgen pura que serenó con su sonrisa las primeras impresiones de mi infan-

cia. Volvería a empapar mi alma en el aroma del incienso; en la nota del órgano, en la luz cernida por los cristales de colores de las bóvedas y reflejada en las alas de los ángeles, eternos compañeros de mi juventud. Volvería a buscar un asilo bajo los brazos de esa cruz que se levanta sobre el lugar para mí más sagrado de la tierra: la tumba de mi madre."

NOTAS:

Nota A) El Dr. Mora, nacido el 12 de oct. de 1794, se había arrojado desde muy temprano, en los brazos del más crudo liberalismo. "No sabemos por qué desaires de los iturbidistas se afilió al partido escocés y después al yorkino. Empezó a figurar como diputado, comisionado para el plan de Instrucción Pública, y escritor en los periódicos *El Sol*, *El Semanario Político* y *La Libertad*." (Dcm. I)

Más que lo prestigio el sectario Rabasa de "insigne doctor y pensador de primera clase," (Bas) afirmaba aquel pensador, sin ninguna originalidad en la idea, plagiada a la revolución francesa y desde antiguo condenada por el séptimo mandamiento, que no sólo era facultad, sino deber del Estado reducir a la Iglesia a su pobreza primitiva, y que no debía México permitir por más tiempo la ruina del pueblo y la miseria del gobierno bajo los pies de la opulencia eclesiástica, propia tan sólo, según él, para corromper a la sociedad y al clero (Rev. p. 86) del que él mismo era un miembro hartamente corrompido. Según notaba un coetáneo, "el desorden de las costumbres fué para el Dr. Mora, como para muchos, el punto de partida de su filosofía liberal." (B. Arrillaga)

Concretando el Doctor algunas de sus ideas, con el fin de evitar toda logomaquia acerca de lo que significan, en la jerga liberal, los tan sonados vocablos "progreso y civilización" cuyo sentido burlesco todos sabemos, escribía en 1823: "Por marcha política de progreso y civilización, entiendo aquella que tiende a efectuar de una manera más o menos rápida, pero segura, la ocupación de los bienes del clero, la abolición de los privilegios todos y de toda clase, y de la milicia; la difusión de la educación pública en las clases populares, absolutamente independiente del clero, y la absoluta libertad de opiniones."

Tan absoluta querían él y los de su cuerda que fuese esa libertad de delirar, que se esforzaron tres años después (2 de marzo de 1826), por precipitar al cisma la Iglesia mexicana, sustrayéndola a la obediencia del papa, destruyendo la divina Constitución de la Iglesia, y a ésta poniéndola bajo el vasallaje de gobiernos supeditados al masonismo.

La paternidad de ese proyecto, que "circuló con complacencia el gobierno" (Vig) del rústico Victoria, reclamanla colectivamente los presbíteros liberales Alpuche, Ramos Arizpe, Gómez Huerta, Servando Mier, Luis Mora y el Dr. Berduzco, "uno de los hombres más ignorantes y preocupados que conoció Alamán." (Al. II, 289)

Luego que se divulgó "tan abominable producción, un grito general de indignación, inspirado por el horror y el escándalo, la condenó como herética y cismática." (B. Arrillaga)

En tanto maduraba aquella intentona cismática, empeñóse el Dr. Mora en propagar el protestantismo con ayuda del representante americano, Joel Poinsett. Informado por éste (2 jun. 1826), el secretario de la Sociedad Bíblica Americana, que el Presidente Victoria no tenía intención de estorbar la venta de biblias protestantes, más que la Constitución mexicana declarara religión de Estado la Religión Católica (Lock), vióse en 1827 subir de Veracruz a la capital, arreadas por un predicante yanqui que Thompson se llamaba, 25 mulas evangélicas cargadas de Biblias y Testamentos (Panama Congress. 1916. Vol. II), a cuya distribución se prestó gustoso nuestro doctor.

En 1831 (20 jun.), los diputados de Zacatecas ofrecieron, previo concurso, premiar con \$2.000 y una medalla de oro al que mejor disertara en pro de la confiscación de los bienes del clero que aquéllos ardían en deseos de apañarse. La disertación del Dr. Mora, favorablemente censurada por los presbíteros liberales Juan N. Quintero y José de Jesús Huerta, se hubiera llevado la palma, a no haberse atravesado circunstancias adversas.

En 1833 (20 nov.), presentó nuestro Dr. a la Cámara de los diputados del Congreso de la Unión, la siguiente iniciativa que, adoptada en la práctica bajo la administración terrorista de Farías, había de ser definitivamente incorporada por Juárez en sus leyes de reforma: "Se ocupan todos los bienes pertenecientes a los regulares de ambos sexos, a las cofradías y archicofradías, y todos los réditos vencidos y corrientes de capitales piadosos que no estén destinados a la manutención de determinada persona y percibidos por ésta."

"Los años de 1833 y 34 redactó *El Indicador*, uno de los más violentos periódicos; se estableció lujosamente en el Hospital de Jesús confiscado al Marqués de Monteleone; fué de los diputados que más instigaron al reformador Gómez Farías, y de los que esperaban medrar con las leyes del patronato y el destierro de los obispos.

"El triunfo del partido conservador lo privó de todos esos gajes y lucros, y, temiendo merecidas represalias, se embarcó para Francia el 6 de dic. de 1834. Desde París quiso continuar su propaganda impía, publicando los libros *México y sus Revoluciones*, y especialmente, en 1837, una nueva edición de sus *Obras sueltas*, en las que, tras un prólogo incendiario, reproducía su conocida disertación sobre los bienes del clero. Sus obras fueron vistas por el público francés y mexicano, en general, con desprecio, y no tuvieron salida alguna, sino entre unos cuantos de su cuerda. Don Bernardo Couto le escribía el 29 de mayo de 1839: "La obra de ud. (*Obras Seltas*) ha sido leída con avidez. Qué impresión haya causado en cierta clase de personas, ud. la calculará. La prudencia dicta ahora conservarse en seguro por largo tiempo." Después, le explicaba por qué no se vendían.... No deja de ser extraño que un católico tan práctico como Couto, tratara de untar con mieles una obra tan detestable." (Dcm. I. 341. 342)

El P. Gerardo Decorme, de cuya obra venimos extractando, quizá ignore que fué Couto ex-alumno del Colegio de Jesús, abierto en tiempo del vicepresidente Gomez Farías, bajo la dirección del Dr. Mora, donde se daban lecciones de literatura, elocuencia e historia (Fid. I. 76. Pim. p. 696); y que, al igual de otro católico de magnífico temple, el escritor clásico y apologista cristiano, José Joaquín Pesado, Couto en sus mocedades había rendido parias a la herejía liberal.

Cual hijo pródigo que en país remoto vivía disolutamente, a poco vióse el Dr. Mora sumido en penuria tal que deseaba tener siquiera la pitanza de los criados. Ya tísico, escribía el 21 de nov. de 1839: "Estoy en mi último peso. Trabajaré hasta por el salario que se da a un criado." Murió en la ma-